

Lugares para una vida elegida

Graziella Fantini

Si la memoria es el mecanismo que nos proporciona un alma, los lugares e imágenes de la memoria son la materia de que el alma está hecha.

Ignacio Gómez de Liaño, *El camino de Dalí (Diario personal 1978-1979)*

ABSTRACT

This paper puts forward an analysis of Santayana's philosophy of language within the conceptual frame of his aesthetics. Santayana sees language as the highest achievement of the creative capability of mankind. For him the main function of language is to put an order in the chaos of phenomena, giving them so the possibility for being understood, expressed and communicated. In the end, the structure of the language is a mirror of the structure of the universe, thus placing it in the realm of being and essences. Even more, language somehow vitiates and enriches experience, since through its images, syntax and the musicality of sounds, it opens up new horizons that may not have existed in the original objects that initiated them. This is the supreme function of poetic language, two steps ahead from the pure symbolism of mathematics and the utilitarianism of everyday common prose.

RESUMEN

En este artículo se propone un análisis de la filosofía del lenguaje de Santayana dentro del marco conceptual de su estética. Santayana ve el lenguaje como la realización más elevada de la capacidad creativa del hombre. Para él la principal función del lenguaje es poner orden en el caos de los fenómenos, dándoles así la posibilidad de ser comprendidos, expresados y comunicados. Al fin, la estructura del lenguaje refleja la estructura del universo, al que sitúa en el reino del ser y las esencias. Más aún, el lenguaje vicia y enriquece la experiencia pues, a través de las imágenes, la sintaxis y la musicalidad de los sonidos, abre unos horizontes nuevos que tal vez no estuvieran en los objetos originales que los iniciaron. Ésta es la función suprema del lenguaje poético, dos pasos más allá del puro simbolismo de las matemáticas y del utilitarismo de la prosa común.

I. MEMORIA Y LUGARES. UBICAR LA EXPERIENCIA EN UN ESCENARIO MATERIAL

En el año 1944 se publicó el primer volumen de la autobiografía *Personas y lugares* de George Santayana, o Jorge Agustín Nicolás Ruiz de

Santayana, según aparece en la partida de bautismo de la iglesia de San Marcos de Madrid. El segundo volumen, *A mitad de camino*, se publicó en 1945, mientras que el último, *Mi anfitrión, el mundo*, salió póstumo según deseo del mismo autor, en 1952. Al principio, Santayana pensaba publicar los tres volúmenes en un único libro a su muerte, ilustrado con fotos y retratos suyos, de su familia, de sus amigos, junto a fotos de lugares, y comentado con unos epígrafes, que él llama comentarios al margen. Pero la prisa del editor americano, Scribners, que ya en 1942 tenía entre sus manos la primera parte de la autobiografía, en la que veía una buena fuente de ganancias, junto a la necesidad de dinero del amigo y secretario del filósofo, Daniel Cory, que durante la guerra vivía en Nueva York sin recibir el sueldo mensual que Santayana le había asignado ya desde el año 1927, además de que, sobre todo, Santayana había nombrado a éste heredero de los derechos de toda su obra, hizo que, si bien —todo hay que decirlo— con la aquiescencia del autor, se publicara tal como se publicó el primer volumen de la autobiografía. Santayana, al ver esta obra ya editada, una vez acabada la guerra, no pudo sino calificarla de víctima mutilada de la guerra. No sólo el inglés fue conformado al vernáculo sino que también muchos pasajes fueron recortados, sobre todo los que se referían a personas todavía en vida o temas no conformes con los tiempos, y las ilustraciones y los comentarios al margen fueron también suprimidos. Las cosas no fueron distintas para las dos últimas partes que se publicaron después, sino que los editores procedieron de la misma forma, y sobre todo con un cambio de los títulos que no acabaron de gustarle al autor, que prefería respectivamente *The End of a Century (El fin de un siglo)* y *Seeking Places for a Chosen Life (Buscando lugares para una vida elegida)*.

Como se puede explorar entre las cartas a los amigos, Santayana fue hilando la idea de elaborar sus memorias muy pronto. En una carta de 1924 a su amigo el novelista George Sturgis, escrita desde Venecia, el filósofo apenas entrado en sus sesenta, le confía haber emprendido la escritura de algo que llamaría “Personas y lugares”, donde, dice, pretendía dar “algunos trazos históricamente cuidadosos pero selectivos, de algunas escenas y caracteres que han permanecido en su memoria”¹. En una carta posterior, fechada el veintinueve de julio desde Cortina d’Ampezzo, le pide a su amigo, y también primo por parte del primer matrimonio de la madre, un documento que éste conservaba, firmado por el presidente de Estados Unidos Andrew Jackson, que designaba a su abuelo José Borrás, al amado y estimado ciudadano del Estado de Virginia, cónsul de Barcelona, documento necesario para atestiguar el origen del vínculo de Santayana con América y la lengua inglesa. Porque fue a partir del conocimiento de esa lengua cuando surgió para Josefina Borrás, la madre de Santayana, nacida en Glasgow y con una infancia pasada en Virginia, la oportunidad de casarse en primer matrimonio con George Sturgis, miembro de una acomodada familia de ricos comerciantes de Boston, que conoció en Manila. A consecuencia de ese vínculo, la lengua in-

glesa se convirtió para Santayana en su solo y único instrumento posible, un medio más que una fuente, para expresar su literatura y filosofía. Fue la causa de la pequeña estratagema que consistió en decir plausiblemente en inglés cuantas más cosas posibles no inglesas² y también, gracias a este hecho, fue como América se convirtió en un país ya conocido por sus antepasados que entró a formar parte de la imaginación de Santayana desde la infancia, poblándola de imágenes de esos mundos con los que mezclar otros escenarios exóticos de “interminables espacios oceánicos, islas de cocoteros, inocentes malayos, e inmensos continentes hormigueantes de chinos, refinados y industriosos, obscenos y filosóficos” [GC, p. 7]³.

Empieza, así, en las líneas de esta última carta, perfilando la idea de contar su lugar, o sus lugares, su tiempo y su ascendencia; de contar el flujo de los hechos, o las impresiones de los hechos que él recoge, las imágenes sueltas, dispersas en su memoria que él recompone como un artista que pinta en sus cuadros en busca de esencias; de esbozar los recuerdos de una familia que, según el autor, no era de emigrantes, en cuanto nadie de su familia cambió de país, clase o religión, sino que circunstancias especiales le dejaron en herencia otros puntos de referencia adicionales en ámbitos morales y geográficos opuestos entre sí [GC, p. 4]⁴. Ámbitos múltiples, asociaciones mixtas, complejas alianzas que le abrieron a muchas tradiciones, filosofías o literaturas fusionándolas y combinándolas, sin renegar de corazón a ninguna, sino enhebrándolas en una gran apertura de perspectivas. Accidentes los llama en *Personas y lugares. Fragmentos de autobiografía*⁵, “accidentes de viaje, o más bien del exilio y de la vida colonial; pero los accidentes sólo lo son para la ignorancia; en realidad todos los acontecimientos físicos fluyen unos de los otros por derivación entrelazada y continua; y aquellos raros nombres Sturgis y Glasgow estaban de hecho secretamente relacionados y su presencia aquí tenía un origen común en el carácter y las circunstancias de mi abuelo y en el deshielo general, por así decirlo, de aquel tiempo: ruinas incongruentes de una gran inundación” [PP, p. 38].

El autor va hilando la idea de contar la época en que vivió por medio de un análisis de su viaje retrospectivo o cuadro de su vida, pero sin ningún deseo de hablar de leyes de la naturaleza, que son sólo generalizaciones apresuradas, o de llegar a “la verdad” o composición total de su vida o de su familia, sino de contar un tiempo que prefigura nuestro tiempo de deshielo en el que vamos a la deriva como islas flotantes en un océano, sueltos como fragmentos, como conchas arrastradas por las corrientes superficiales de “un turbio torrente de la naturaleza [...] con trechos claros y corrientes fáciles de seguir; y es interesante seguir los comienzos y el desarrollo de un curso de agua acá y un molino allá, y observar al silencioso y espejado caudal deslizarse cada vez más deprisa hacia el borde de algún precipicio” [PP, p. 39]. Como una concha fue llevado él y el resto de su familia, y toda la clase media y alta (con excepción de los insumergibles políticos) “por las corrientes su-

perficiales de una traicionera revolución social; y las cosas que les sucedieron, y las que hicieron, con sus lados agradables y desesperantes pertenecen todas a esa migración moral” [PP, p. 39]. Fue una migración moral de los tiempos, que sigue afectándonos, y que el autor sufrió más al verse llevado al nuevo mundo, donde se agudizó ese estado de “desheredamiento moral, un enfriamiento emocional e intelectual, un sentido mezquino y práctico de la perspectiva y la ambición, que no hubiera encontrado entre las complejas pasiones e intrigas del ambiente español” [PP, p. 44]

Nunca se opuso, en su vida y con su filosofía, a esa corriente, ni se dejó llevar totalmente sino que se limitó “a permanecer en la orilla o a chapotear en remansos tranquilos. Desde ahí puede que haya observado que el torrente arrasaba más o menos restos”, a sabiendas de que su “filosofía no lanza ningún desafío a los que se precipitan en mitad de los rápidos y disfrutan de su velocidad” [PP, p. 227]. *Personas y lugares* es la edificación de una habitación desde cuya ventana abrirse a la perspectiva del mundo, es la construcción de un lugar de observación al mismo tiempo que lo observado desde ese lugar o esa ventana. Es la visión de ese hombre de ojos brillantes que, afincado en su celda austera de la Clínica de las Monjas Azules en Roma (octubre 1941–septiembre 1952) o antes en su habitación romana del Gran Hotel (octubre 1940–octubre 1941), se pone a ordenar sus escritos autobiográficos y emprende con su prosa un viaje filosófico, el vuelo del espíritu libre sobre los espacios y los tiempos que envuelven su *locus* y su centro, su aquí y su ahora, *hunc et nunquam*. Edifica su palacio de la memoria, pinta su cuadro, dibuja su arte de la razón a través de imágenes visuales que afloran en el presente y que gracias a ese arte realzan la cualidad, la esencia eterna de las cosas. Ese arte tiene su punto de partida en el flujo de la experiencia, del caos de la existencia que arrastra como una corriente, y por la que, si uno se dejara llevar sin saber lo que es y lo que quiere, acabaría viendo su vida como un flujo de tiempo perdido. Pero “el arte racionaliza y humaniza los objetos”⁶, el artista controla la materia a través de la razón, siendo la razón materia organizada. En medio del flujo del tiempo y en el tumulto de las pasiones y sentimientos, el hombre puede encontrar un orden incipiente en el caos envanecedor, dando forma a su experiencia en torno a un eje de atención en un espacio pictórico donde cristalizan todas las líneas y estructuras⁷. Puede encontrar una habitación con vistas y perspectiva.

II. LA PROSA DE LAS ESENCIAS

Volviendo al germen de la autobiografía, ya en otra carta, ésta del tres de mayo 1920 desde Roma, a una amiga de los últimos años de Boston, Mary Williams Winslow, Santayana se había demorado hablando de la combustión del recuerdo. “Volver atrás a la juventud no es fácil, sólo de vez en cuando le

ocurre a uno en un paseo por el campo o con grandes cócteles”, le dice a la amiga, y “uno prefiere descansar en la conciencia profunda de que la amistad está allí, igual que la juventud potencial está allí, y no intentar hurgar en ella prematuramente”⁸. Pero no es prematuro para el autor dejar aflorar esa memoria involuntaria o inconsciente, porque ha llegado ese tiempo en que no está ya concentrado y absorto en el momento presente, y puede salirse fuera de sí mismo y abrazar su vida entera. Así que añade: “¡Es maravilloso cuánto vivo en las cosas pasadas hace mucho! Ahora no llego a entender lo que recuerdo tan claramente que repetía continuamente de niño —ese verso de Shelley que dice ‘There is regret, almost remorse, for time long past’”. Ahora no siente ningún pesar, ningún remordimiento por el pasado o por el dolor de la ausencia de las cosas ya pasadas. Le gusta recordarlo, no le duele, no le pesa, sino que lo hace volver ordenado por el arte de la razón. Empezaba ya a ser el recuerdo materia organizada donde no importa tanto el hecho de que las cosas pasan y cambian y que estamos absortos en el flujo de los *phenomena*, sino que su realidad positiva es la intrínseca cualidad que aflora de ese fluir, una esencia eterna, que puede aparecer y desaparecer miles de veces. El tiempo se puede recobrar sólo en forma de Eternidad. Como nos dice en un breve pero intenso ensayo sobre Proust, “Proust on Essences”⁹, autor que Santayana admira y lee continuamente¹⁰, “una esencia es sencillamente el carácter reconocible de todo objeto o sentimiento, todo lo que puede ser poseído de veras como sensación o recobrado en la memoria, o transcrito en el arte, o comunicado a otra mente. Todo lo que era intrínsecamente real en el pasado es consecuentemente recobable. El flujo desesperante y el orden temporal de las cosas no son al final interesantes; pertenecen meramente a las ocasiones materiales cuyas esencias recurren, o al aleteo de la atención, al mariposeo como de una falena en torno a las luces que son eternas”¹¹. La esencia, entonces, es lo que se cobra como sensación, como intuición, lo que se recobra en la memoria y en un segundo momento, lo que se da en el arte o a otra mente. La esencia es comunicable y transmisible.

III. REMEMORAR EL LUGAR

Sin embargo, ya de niño el pequeño Jorge no había dejado nunca de jugar al juego de la remembranza y de cultivar la memoria voluntaria, gracias al padre Agustín Ruiz de Santayana que desde Ávila, después haberle dejado en Boston en 1873, empezó escribiéndole cartas¹² muy intensas y llenas de cariño, ese cariño que no sentía en la casa de Boston por la dispersión que todos sus familiares sufrieron en ese lugar. Cartas llenas de consejos para una educación a distancia escritas por un hombre sabio y culto que había aprendido las lecciones de los clásicos griegos y latinos, que conocía y que citaba continuamente en ellas las máximas de Séneca, Marco Aurelio, Quintiliano...

En ellas le pedía que contestara a preguntas sobre su vida cotidiana en Boston, intentaba renovar siempre los recuerdos de fiestas transcurridas juntos en Ávila, de los aniversarios de hechos vividos juntos, como el viaje memorable a Boston, que los llevó a los dos en 1872 a esa pronta separación de años que hubo de durar hasta el verano de 1883. Renovar el recuerdo, mantener viva la memoria del hogar que dejó en Ávila con todos sus familiares y amigos, recrear su atmósfera contándole al pequeño Jorge cosas acerca de la nueva casa, esa casa de la Plaza de Santa Ana que había sido la casa del inglés, del dueño de la posada que todavía sigue existiendo en frente de la catedral, y que al dejar Ávila tan pronto a sus ocho años no llegó a ver, pero que en su primer regreso no tardó en encontrarla y reconocerla en esa mañana de julio en que volvió de América. Esa casa que después de la muerte del padre llegó a ser su única propiedad poseída, pero en la que nunca volvió a establecerse. Las palabras del padre le habían pintado un cuadro que al joven de diecinueve años le parecía su lugar, su centro. En estos años de ausencia, y los siguientes también, será siempre intenso el empeño del padre por dirigir la formación del hijo con máximas como “El que no imita no será imitado; el que no traduce no será traducido” [PGM, p. 196], o exhortaciones a seguir proyectando su casa o sus casas en diferentes estilos, o dibujando mapas de los sitios en que se encontraba, incluso de Berlín, cuando un Santayana ya maduro estaba estudiando con una beca. Se trataba de situar al hijo dentro del tiempo y del espacio; de centrarlo, de focalizar su centro de atención, de aprender a poseer sin ser poseído, a ver y saber con claridad lo que uno quiere, a rendir homenaje con la memoria al puro pasar o devenir, a un tiempo lineal de la vida trágica que sabe que se acaba y que se le puede llevar en su corriente, pero la marca de pesar que ronda a cada placer hace que cobre una dimensión nueva de esperanza. Se exalta cada momento de la vida, cada instante es esencial y cada acto cobra una nueva dimensión moral, “pues de ese momento, que se puede usar bien o mal, depende la felicidad futura y el destino personal¹³”. Santayana nos dirá en *Personas y lugares* que “[e]xiste una especie de indiferencia al tiempo, como existe una especie de silencio, que acompaña a la verdadera simpatía. Brota de la posesión de eso que es, de la certeza de ella. Los que tienen celos, del tiempo, de los rivales, de los accidentes, se preocupan por algo vago que en esos momentos se le escapa y que se les escapará siempre; son almas obsesionadas, a la caza de no saben qué. No así quienes saben lo que aman: se apoyan en ello, sin pedir nada más. [...] La claridad y la profundidad en el corazón, al igual que en el intelecto, todo lo transportan en clave eterna” [PP, p. 210]. Ser indiferentes al tiempo pero aprender a estar en el tiempo, conocerse a sí mismos sin olvidarse del pasado y sin dejar de planear y organizar el día, las lecturas o los estudios, pero sin estar siempre pensando en el futuro, en una única dirección, como pasaba en Estados Unidos, sino con perspectivas abiertas pero limitadas, como esas vistas recortadas por las ventanas de las habitaciones de todos los lugares busca-

dos por Santayana en su elegida vida. Santayana pone siempre mucho cuidado en su autobiografía en describir esas vistas y lo que delimitaba su mirada, tanto en Ávila o Boston o Venecia, y en ese juego entra la necesidad de apertura y perspectivas abiertas y su posterior delimitación artística racional podemos ver una clave de su obra.

Se podría suponer que Agustín Ruiz de Santayana pone en práctica el dictamen pitagórico, tal como Ignacio Gómez de Liaño nos recuerda: “en la escuela fundada por Pitágoras la regla prescribía ‘ejercicios de memoria’. Los miembros de la cofradía pitagórica estaban obligados a rememorar cada tarde los eventos ocurridos durante el día. Con este tipo de examen de conciencia se pretendía poner en práctica, de una manera radical, la máxima délfica del ‘conócete a ti mismo’, y llegar así al conocimiento de la propia *psyché*, ese *daimon* venido a encarnarse en nosotros”. Santayana lo llamará espíritu, una potencia que está presente en todos los seres de la naturaleza y que siempre posee un cuerpo y un lugar de origen, “un *locus standi* desde donde contemplar el mundo” [PP, p. 132]. Con el ejercicio de rememoración del padre, y antes de rememoración pitagórica, “no se trata de aprehenderse a sí mismo en el pasado personal e intransferible, de reencontrarse en la continuidad de una vida interior que la diferencia de todas las otras criaturas, sino que el objeto es ante todo situarse en un cuadro de orden general, restablecer en todos los planos de continuidad entre el yo y el mundo, reintegrar al individuo en la totalidad del ser” [IGL, p. 63].

Sin embargo, la inteligibilidad a la que apunta el padre, y Santayana más tarde, tiene una base humana y no sobrehumana o divina como para los pitagóricos. Con la contemplación de este mundo al que estamos anclados y con un ejercicio de rememoración de los lugares y de las personas conocidas en nuestro “anfitrión, el mundo”, contándolo, dibujándolo y haciendo mapas de los lugares en los que estamos, el padre va formando al pequeño Jorge. La formación no es una adquisición de conocimientos, una adquisición de algo exterior al sujeto, sino un cambio de orientación de la mirada, una disciplina espiritual que sabe modificar la atención. Así que lo que él llamaba espíritu como nos dirá en *Los Reinos del Ser* [RB-RS], será: “only that inner light of a tuality or attention which floods all life as men actually live it on earth.” [RB-RS, p. 549]. Le va comunicando la importancia de hacerse un lugar en el mundo, del conocer y reconocer el propio *Lebensraum* necesario a nuestra propia naturaleza; de esbozar de forma continua “un mapa o cartografía especulativa —como nos señala José Beltrán Llavador en *Celebrar el mundo*— que orienta y determina su acción, como una singular aportación en la tradición de las guías de los perplejos”¹⁴. Incluso se puede percibir en ello la reiterada pregunta del hombre moderno acerca de dónde nos encontramos y una respuesta en esa forma peculiar de “desarraigo”, que en Santayana no es tanto la falta de raíces como la existencia de una multiplicidad de ellas, de hogares que se habitan paulatinamente uno tras otro y vez por vez. Los hombres no son como las

plantas, que tienen raíces, sino como los animales, que son móviles y si acaso marcan territorios. De esa movilidad extraen experiencia e inteligencia, como explica en su filosofía del viaje.

Habitar, edificar y pensar, como esa imagen del pequeño Jorge, en la habitación de la casa apareada de Beacon Street 302, que mira fuera por la ventana de atrás al Charles River, al flujo de la existencia, y va leyendo el artículo de la Enciclopedia Británica sobre arquitectura en que las ilustraciones no eran más que planos, alzadas y secciones de casas de estilo clásico e italiano. Casas que no eran vistas en perspectiva. A partir de allí va edificando en su imaginación como un profesional, y desarrollando su interés por las estructuras, las estructuras del mundo y del pensamiento, poniendo una al lado de otra civilizaciones antiguas o modernas, sin dejar de honrarlas todas, pero abarcando una cada vez, lo que no presupone voracidad o confusión. Todo estilo arquitectónico o toda religión o toda filosofía son locales y temporales, pero necesarias para la multiplicación de perspectivas o para el principio de la imparcialidad como “toda mutación debe ayudar a formar una historia de las cosas que sin duda jamás se acabará ni se escribirá. No hay vacilación en la verdad sobre las vacilaciones; y en este sentido, la penetración filosófica, si es humilde y sensata, es tan perenne como su objeto”.

IV. LUGARES DE LA MEMORIA

Uno de los autores que solía citar Agustín Ruiz de Santayana en apoyo “de su propia preferencia por visiones limitadas” [PP, p. 51] era Quintiliano: *Ad cognoscendum genus humanum sufficit una domus* (Para explorar a la naturaleza humana, un hogar es más que suficiente); frase que, aunque según el filósofo es de atribuir a unos versos de una sátira de Juvenal, es importante porque el retórico hispano-romano, en la parte de su obra *Institutio oratoria* (XI. II) que dedica a la mnemónica o arte de la memoria, una de las cinco partes de la retórica, pone de relieve la gran importancia que tienen los lugares y justifica su utilización basándose en la experiencia, “pues el arte ha tenido su principio en la experiencia, como la mayor parte de las cosas”. Los lugares, afirma, tienen gran poder de suscitar recuerdos, pues por experiencia sabemos que cuando volvemos a algunos lugares después de algún tiempo, “no solamente los reconocemos, sino que también nos acordamos de lo que en ellos hicimos, de las personas que allí tratamos e incluso se nos presentan en la memoria los ocultos pensamientos que allí tuvimos” [IGL, p. 119]. La primera regla para memorizar, nos dice Quintiliano, es imprimir en el alma lugares muy espaciosos como por ejemplo una casa grande con sus habitaciones variadas y poniendo mucho cuidado en notar todo lo digno de notarse. Efectuando un recorrido de forma ordenada en cada lugar se van recogiendo las cosas que hemos dejado y se refresca la memoria. Quintiliano sigue indi-

cando cómo elegir los lugares, que preferiblemente tendrían que ser lugares reales. Pueden tomarse de una casa, de un edificio público, de un largo viaje, del perímetro de la ciudad [IGL, p. 119]. Hasta aquí se puede ver que el arte de la memoria de Santayana en *Personas y lugares* elige los lugares de forma parecida: casas, la de Beacon Street, la de Ávila dentro de la muralla cerca de la torre de los Oñate, ciudades, escuelas etc. y los puebla de personas. La segunda parte del arte de la memoria de Quintiliano, aunque la haya desarrollado más detenidamente Cicerón en el *De oratore*, se refiere precisamente a las imágenes o simulacros que hay que colocar ordenadamente en los lugares de la memoria. Las imágenes y los lugares son, para usar una expresión de Cicerón, “como una tablilla encerada y las letras escritas en ella” [Cicerón, *De oratore*, II, 354]. En cambio para Santayana, como nos advierte en dos breves ensayos “Proust on Essences” (1929) y “Glimpses of Old Boston” (1932) —que se transformará este último en el capítulo “El Latin School” de *Personas y lugares*— las imágenes que sobreviven son ruinas, pecios, relictos en el mar de la memoria, que perduran no por su belleza o su gran interés intrínseco sino por el interés que tienen en el presente del escritor. El presente ilumina el pasado. A la pregunta de por qué recordamos tan vivamente unas cosas y nos olvidamos por completo de otras, la respuesta es:

El pasado no puede reconstituirse más que en el lenguaje y con los contrastes que impone el presente. [...] Es así como una vasta porción del pasado —casi todos nuestros sueños, casi todos nuestros pensamientos y conversaciones particulares— se vuelven irrecuperables. [...] Incluso lo que aún creemos recordar lo recordaremos de manera diferente, de forma que la memoria de un hombre puede casi convertirse en el arte de variar y desfigurar continuamente el pasado, de acuerdo a sus intereses del presente. Esto, cuando no es intencionado o deshonesto, no conlleva a decepción alguna. Las cosas a menudo se presentan unas enfrente a otras verdaderamente con esos aspectos. Un punto de vista y una iluminación especial no son falseamientos. Son condiciones de visión y el espíritu no puede ver nada que no esté fijado en algún ojo viviente [PP, p. 180].

A diferencia del gran “labrador de la memoria”, Marcel Proust, Santayana no cree en la posibilidad de recolectar el pasado re-evocándolo exactamente como había pasado, aunque haya eventos parecidos que ocurren a menudo, el toque de una campana, la visión de un monumento; es una ilusión la de que la nueva intuición no es nueva, o sea que es la que hemos tenido exactamente ya en el pasado, es la ilusión del *déjà-vu* [“Proust on essences”, p. 278] y de la tablilla de cera. Pero lo importante no es como se llega a la intuición sino “que cuando se llega a ella, ésta revela una esencia que, perteneciendo a sí misma, no es de aquí ni de allí, sino sin fecha y eterna. Tales esencias se imponen frente a la existencia en cada lugar y en todo tiempo, y la intuición permanece para la existencia, si cabe, para encarnar sus formas o dispensar atención hacia ellas, de modo que pueden resultar evidentes para los espíritus

vivos. Y un espíritu vivo encuentra un gran gozo al concebirlas, no porque sean todo belleza o verdad, sino porque al concebirlas se libera de la presión de las cosas últimas, cobra un perfecto vigor y concibe con sencillez”¹⁵.

El recuerdo es una nueva realidad. El artista utiliza símbolos para llegar a un conocimiento, como nos dice en *Tres poetas filósofos*, y podría decirse simbolista, diferenciándose de los poetas que suelen llamarse simbolistas y en cambio tendrían que ser llamados impresionistas porque juegan “con las cosas de un modo exuberante, haciendo símbolos de sus pensamientos en vez de enmendar sus pensamientos de manera inteligible para convertirlos en símbolos de las cosas”¹⁶. Santayana sigue diciéndonos que un poeta podría ser simbolista en otro sentido, “en el caso de que desmenuzara la naturaleza, el objeto sugerido al espíritu por el lenguaje, y retrocediera a los elementos del paisaje, no con el fin de asociar perezosamente esas impresiones, sino para formar a base de ellas una naturaleza diferente, un mundo mejor, que el que revelan a la razón”. El mundo mejor es el mundo de las esencias que se revela a través del arte de la memoria, donde tiene lugar ese salto de la vida prisionera dentro del flujo del tiempo y del desierto del espíritu a una vida “concentrada en unos pocos oasis, en unos pocos puntos de parada, *Posadas verdes* o santuarios donde el atareado viajero se detenía a descansar, pensar, ser él mismo. Digo el *atareado* viajero porque aquellos largos periodos de vacío espiritual estaban repletos de acciones y sentimientos cotidianos [...]. Periodos sonámbulos, permítaseme llamarlos” [PP, p. 182].

La investigación de Santayana en *Personas y lugares* es el viaje de un testigo que mira las cosas desde esa cierta distancia que le permite mirarlas desde fuera [RB-RS, pp. 556-560], o desde dentro se podría decir; el viaje del viajero filosófico, que no es el del “frívolo turista” y su mente no es “un álbum de instantáneas y recortes”.

Antes de ponerse en marcha, el viajero debe poseer intereses y facultades determinados a los que servirá el viaje. Si deambulara sin propósito de un país a otro no estaría *viajando*, sino solamente vagando, recorriendo o vagabundeando. El viajero debe ser alguien, venir de alguna parte, de modo que su carácter definido y sus tradiciones morales proporcionen un órgano y un punto de comparación para sus observaciones. No debe ir curioseando como un buhonero en busca de ganancia o como un emigrante en busca de terreno sin ocupar. En todas partes debiera mostrar discreción y mantener la dignidad de un invitado. En todas partes debiera seguir siendo un extraño por benévolo que sea, y un crítico por agradecido que sea [PP, p. 479].

A través del arte de la memoria es como Santayana recompone su vida a través personas y lugares, como un extraño, “a stranger”, alguien que no es del lugar, sin necesariamente ser extranjero, inútil así la polémica de si es americano o español. Precisamente porque no pertenece idealmente a ningún país es por lo que a lo mejor se hace un lugar. El viajero es a la vez artista, como aconseja al lector, un artista que “recomponiendo lo que ve; luego pue-

de llevarse el cuadro y añadirlo a un transmisible fondo de sabiduría, no como una experiencia diversa más, sino como una perspectiva corregida de la verdad” [PP, p. 479] Una realidad enmarcada, como pasaba en la ventana de la pequeña habitación del entresuelo del Hotel Danieli de Venecia, la número 8, “el delicioso cuadro de San Giorgio Maggiore a través del Bacino di San Marco”, teniendo conciencia de la vida del lugar sin ser molestado por ella; o las casas de Ávila, que se abrían a ese paisaje demasiado austero para ser bello, demasiado seco para ser estéril; y que sin embargo revela elocuentemente el esqueleto de la tierra [PP, p. 139], porque sólo en esa esencialidad, pureza y centralidad de “aquí y ahora” se pueden revelar los manantiales escondidos en la tierra.

V. HABITAR EL HOGAR

Pero no nos hemos demorado suficientemente en lo qué es una casa, con el fin de entender esa perspectiva que limita y a la vez abre. ¿Cómo puede ser más que suficiente una casa para conocer a la naturaleza humana, a nuestro anfitrión el mundo? Félix Duque, al plantearse la misma pregunta sobre qué es una casa, afirma: “La casa no se identifica con sus moradores, aunque no existiría sin ellos. [...] La casa no es tampoco su mera materialidad, sino una función de ‘dar espacio’ y de ‘dar tiempo’ (de ahí la conexión entre morada y demora): una articulación que da, en definitiva, ‘mundo’. Pero ¿cómo lo da? La casa no son sólo paredes, suelo y techo (hablar de ‘casa vacía’, muestra ya por ausencia que allí falta algo, ni tampoco su mobiliario, sino la posibilidad de ‘habitación’, esto es: de conexión entre todos sus elementos y sus moradores”. Pero una casa, como el lenguaje, no se la puede poseer por entero. No podemos demorar en todos sus sitios. “Por pequeña que sea nuestra casa, si se está en un sitio de ella, ya no se está en otro. Pero no sabríamos que estamos en otro sitio si no lleváramos en el recuerdo el sitio abandonado. Y no sólo el sitio, sino la posibilidad entera de la casa (el lugar de todos los ‘sitios’), como una suerte de *presencia esquiva*, latente. Es la presencia que queda detrás, a nuestras espaldas, la que nos permite habitar, la que nos permite hablar”¹⁷. De esta manera el pensar viaja afuera de forma nómada desde dentro, la imaginación migra a lo ausente, las distancias encantan y sugieren formas distintas y peligrosas que alientan e incentivan a migrar. En *Soliloquies in England*¹⁸, Santayana nos dice que la mejor forma de demora es una casa sin cimientos que apenas está anclada a la tierra como un barco que fluye en un río o en el océano. La demora es esencialmente transportable y no tiene cimientos terrenales, es como el cuerpo, un tegumento del hombre vivo, nos dice en los *Soliloquios* [p. 77], y nosotros a navegar en ese barco con el flujo del mundo y el caos moral que está siempre por debajo de nuestra racionalizada memoria y criticismo, que nos mantiene a flote

pero a la vez es un peligro para nuestro espíritu. Recordar los peligros “no hace sino recordarnos el riesgo inherente a toda existencia, que la estúpida e ignorante lombriz que no ha viajado jamás descubre. [...] Nuestro mundo es una caracola en medio de fuerzas irresistibles y realidades perdurables; pero esas fuerzas son calculables y esas realidades provechosas, si logramos entenderlas y obedecerlas” [PP, p. 161]. Y sólo el testigo al umbral puede recorrer el flujo, el tiempo despilfarrado de afuera, y a la vez eternizarlo fijándolo en un centro, en torno a un eje anclado a la tierra con una mirada hacia lo de dentro, lo que se hace posible gracias al arte, y en esto coincide con Proust.

No es que Santayana busque un lugar ideal, un El Dorado, un hogar feliz, un jaula mejor; siendo un hombre realista, no lo hizo ni siquiera en su vejez, o no lo hizo en su pensamiento o en el arte, sino lo que buscó fue un lugar de retiro para llevar su vida hasta un tranquilo final en soledad e independencia [PP, p. 555], para poder decir adiós al mundo, dejarlo temporalmente y salvarlo sagradamente en lo eterno. Vivió en exilio a la manera de los filósofos antiguos, en una ciudad a un paso del mercado y del teatro. Como nos dice en el poema “El testamento del poeta”:

[...] My exile made me free—
 From world to world, from all worlds carried me.
 Spared by the Furies, for the Fates were kind,
 I paced the pillared cloisters of the mind;
 All times my present, everywhere my place,
 Nor fear, nor hope, nor envy saw my face.

Siendo la demora esencialmente transportable, sin cimientos terrenales, como la tumba o como el tegumento del hombre vivo que es cuerpo mismo, Santayana vivió la vida de un foráneo que se hace su sitio en cualquier lugar, porque abarca todos los tiempos y todos los mundos, sin fronteras y sin raíces, como un animal y no como un vegetal que está anclado fatalmente a la tierra sin posibilidad de migrar o hasta de ver o imaginar lo que está al lado; y para él, en cambio, la locomoción es nuestro privilegio y a lo mejor la clave de nuestra inteligencia, como nos recuerda en un ensayo “La filosofía del viaje”¹⁹. ¿Qué es la vida sino otra cosa que una forma de movimiento y un viaje por un mundo foráneo?, se pregunta. Una forma de vivir alerta en el laberinto de la experiencia es la del filósofo peripatético que con una atención agudizada le lleva a recomponer el cuadro de las imágenes que sus ojos y su mente ven. El viajero y el artista se hacen lugar en el mundo, reconocen su lugar en la naturaleza a sabiendas de que no podemos abrazar todos los lugares a la vez, como no se puede abrazar todo conocimiento a la vez, pero siguen pensando y viajando por esos territorios.

La sabiduría del pensamiento griego una vez más indica los dos modos fundamentales de entender el espacio, dos modalidades espaciales distintas

que traducen de alguna forma la oposición del campo del sol, del espacio abierto del mercado y del teatro, del ágora, frente al espacio cerrado, de la casa, del hogar, que Platón identificó respectivamente como espacio iluminado por el sol/espacio de la caverna. Como bien explican Jean-Pierre Vernant²⁰ e Ignacio Gómez de Liaño [IGL, pp. 98-104], la noción de espacio entre los griegos se simboliza con la pareja de dioses Hestia-Hermes. Sin tener ningún lazo de parentesco, se consideran de alguna forma vecinos. Hestia reside en la casa, en el centro del megarón cuadrangular, del hogar micénico. Es el eje vertical con que se ancla o fija la casa en la tierra, al igual que el hogar con la que se suele identificar, y también el centro de relaciones espaciales horizontales en el recinto doméstico. Es el *axis mundi* que une el cielo y la tierra. Hermes en cambio es la otra cara del espacio, aunque complementario a Hestia porque mora también en la casa, es el mensajero, el viajero que viene de lejos y está presto para la partida. “Nada es en Hermes fijo, estable, permanente, circunscrito y cerrado. Representa el tránsito, el cambio de estado, las transiciones, los contactos con los elementos extraños. En la casa su lugar está en la puerta, como protector del umbral frente a los ladrones, ya que él mismo es Ladrón divino, el dios para el que nada valen ni cerraduras ni cercas ni fronteras” [IGL, p. 100]. Santayana, siendo un viajero, dice ser devoto de Hermes en “Hermes the Interpreter” [*Soliloquies*, pp. 259-264] y amarle “por la fascinante unión de juventud y experiencia, de alacridad y prudencia, modestia y risa” que sabe hacerse lugar en cualquier sitio. Pero también Santayana desea ser Hermes y Hestia a la vez, el hombre que viaja y que hace su hogar en sus habitaciones, que le gusta vivir al lado del fuego del hogar y “la antigua y rústica santidad entorno al fuego” [PP, p. 220] o mirando por la ventana las perspectivas abiertas pero limitadas.

Università Ca' Foscari
Dipartimento di Studi Anglo-Americani e Ibero-Americani
Dorsoduro 3246 - 30123 Venezia, Italia
e-mail: graziella.fantini@libero.it

NOTAS

¹ *The Letters of George Santayana, Book Three 1921-1927, The Works of George Santayana, Volume V*, editado por William G. Holzberger and Herman J. Saatkamp Jr. Cambridge, Massachusetts, y Londres, MIT Press, 2002. “I am writing something which I call ‘Persons and Places’ in which I mean to give some account, historically accurate but selective, of some scenes and characters that have remained in my memory” [p. 201].

² “A General Confession” [GC], en Schlipp, P. A. (ed.), *The Philosophy of George Santayana*, Evanston y Chicago, Northwestern University Press, 1940, pp. 3-33; “Thus in renouncing everything else for the sake of English letters I might be said to

have been guilty, quite unintentionally, of a little stratagem, as if I had set out to say plausibly in English as many un-English things as possible". [p. 7].

³ "From childhood I have lived in the imaginative presence of interminable ocean spaces, coconut islands, blameless Malays, and immense continents swarming with Chinamen, polished and industrious, obscene and philosophical" [p. 4].

⁴ "We were not emigrants; none of us ever changed his country, his class, or his religion. But special circumstances had given us hereditary points of attachment in opposite quarters, moral and geographical" [p. 3].

⁵ George Santayana, *Personas y lugares: fragmentos de autobiografía* [PP], traducción de Pedro García Martín, Madrid, Trotta, 2002.

⁶ George Santayana, *The Life of Reason*, Amherst, New York, Prometheus Books, 1998, p. 301. Utilizo la edición revisada y abreviada por el mismo autor en el otoño 1951.

⁷ Véase *The Realm of Being. The Realm of Matter*, Nueva York, Scribner's, 1942, "Pictorial Space and Sentimental Time", capítulo IV, pp. 236-266.

⁸ "[T]o get back to youth is not easy, except occasionally in a country walk or by dint of cocktails (what can life be in America now without them?) one prefers to rest in the profound consciousness that friendship is there, as the potential youth is also, and not try to dig it up prematurely, lest like Lazarus after three days it should prove a little hard to unbandage — and should have a musty smell! I say prematurely: because my dear Mrs. Winslow, there is a time coming, or a day beyond all time, when everything will return to us without being dug up: or put my mysticism differently; when we shall cease to be irrationally concentrated and absorbed in the passing moment, and shall spread ourselves out, justly and veraciously, over the whole of our lives. I am old enough to be almost doing it already; and it wonderful how much I live in things long past. I can't understand now what I remember so well repeating over and over when I was a boy — that line of Shelley's which says 'There is regret, almost remorse, for time long past'" ["Time Long Past" en *The Complete Poetical Works of Percy Bysshe Shelley*, Oxford UP, 1904] *The letters of George Santayana, Book Two, 1910-1920*, pp. 392-3.

⁹ "Proust on Essences", en *Life and Letters*, 2, 1929, pp. 29-35 y en *Obiter Scripta*, Nueva York, Scribners, 1936 y Londres, Constable, 1936.

¹⁰ Véanse las cartas: 1) A Logan Pearsall Smith, 21 de diciembre de 1927 "On the other hand, I am not too old to enjoy some novel authors: and what do you suppose was my joy at finding the theory of essence beautifully expounded in the last volume of Proust, (the second of *Le temps retrouvé*) and made in a manner, the pivot of his immense work! Do read it, page 14 to 20, if you haven't yet done so. My excursions into the other world are not so remote from experience as you seem to think: we live in that world; we only move in this one"; en: *Letters of George Santayana, Book 3, 1921-1927* ed. de William G. Holzberger y Herman J. Saatkamp Jr., volumen V, Cambridge, Massachusetts y Londres, MIT Press, 2002, p. 362. 2) Carta a John Middleton Murry, 9 de febrero de 1928, (*Letters of George Santayana, Book 4, 1928-1932*, 2003, p. 8). 3) Carta a Charles Augustus Strong, 24 de enero de 1928, Santayana da cuenta de los libros que está leyendo: "I am reading [...] the last two volumes of Proust, *Le Temps Retrouvé*; the first of these is about Paris during the war, and harps on the old strings: but the last begins with an exposition of the nature and evidence of Essence, which is the secret of the whole method of the book, Time being recoverable

only under the form of Eternity! Fancy my satisfaction"; *The Letters of George Santayana, Book 4, 1928-1932*, p. 7.

¹¹ "Proust on Essences" pp. 273-4: "An essence is simply the recognizable character of any object or feeling, all of it that can actually be possessed in sensation or recovered in memory, or transcribed in art, or conveyed to another mind. All that was intrinsically real in past time is accordingly recoverable. The hopeless flux and the temporal order of things are not ultimately interesting; they belong merely to the material occasions on which essence recur, or to the flutterings of attention, hovering like a moth about lights which are eternal" (la traducción es mía).

¹² Pongo como ejemplo una sola carta, del 16 de mayo 1874, del padre al pequeño de tan sólo 11 años, pero valdría cualquiera. La carta fue publicada en *El substrato abulense de Jorge Santayana* [PGM] de Pedro García Martín (Ávila, Diputación Provincial de Ávila-Institución Gran Duque de Alba, 1989) y evidencia la construcción temporal, el uso continuo de analepsis y prolepsis: "Mi querido Jorge: Ya hace tiempo que no recibo carta tuya. Tengo deseos de saber con frecuencia como estás, y saberlo por ti mismo. Mucho me alegrará de que sigas haciendo tantos progresos en la escuela como tus condiscípulos de mayor nota.

Ayer hizo tres años que fuimos tú y yo a la romería de San Isidro con tus tíos Nicolás y Engracia y tu prima Elvira. Tomamos torta y vino en una tienda de campaña, y al regreso vimos una mujer muy grande que se enseñaba por dinero. Este año no he tenido gusto para ir, aunque ha concurrido muchísima gente de Madrid. Y de fuera. Me harías un favor si me dijeras en algunas de tus cartas qué cosas son las que recuerdas con más gusto de cuando estabas en España.

El día 29 de este mes, que ya está muy cerca, hará un año que salí de Boston y ya se me va haciendo muy largo el tiempo que estoy sin verte a ti y a tu mamá, hermanas y hermano. Creo que no os sucederá lo mismo, porque en todo caso no es lo mismo faltar uno en la familia que faltar toda la familia a uno solo.

Ya verás en los grabados de la *Ilustración Española y Americana*, y leerás u oirás leer en los periódicos de Madrid que yo envío, que en aquellos sitios tan bonitos que visitamos tú y yo cuatro veranos seguidos en Bilbao, Portugalete y Algorta, se han estado matando muchos españoles unos a otros y destruyendo los pueblos y caseríos. Aunque los carlistas han levantado el sitio de Bilbao, todavía hay muchos por allí cerca que matan a los soldados que se apartan un poco de sus compañías o batallones.

Aquí tenemos esperanza de que el año próximo de 1875 se podrá ir a Bilbao por el Camino de hierro, como íbamos nosotros anteriormente, porque se habrá acabado la Guerra civil y se habrán compuesto los puentes, estaciones, túneles y viaductos que ahora están destruidos. Pero los viejos como yo, que presenciamos la otra Guerra civil igual a la presente, recelamos que dure ésta tanto o más que aquélla, que en 1833 y no acabó hasta 1840, porque aunque ahora en España hay más liberales que en aquel tiempo, están muy divididos entre sí, sin que sea fácil ponerse de acuerdo unos con otros.

A Dios querido Jorge, da muchas expresiones a mamá, Susana, Josa y Roberto, y no olvides a tu papá que te quiere mucho [p. 192].

¹³ Ignacio Gómez de Liaño, *El idioma de la imaginación* [IGL], Madrid, Tecnos, 1992, p. 61.

¹⁴ José Beltrán Llavador, *Celebrar el mundo: introducción al pensar nómada de George Santayana*, Valencia, Universidad de Valencia, 2002, p. 41.

¹⁵ “The important point, however, is not how intuition is reached, but that when reached it reveals an essence belonging of itself neither here nor there, but undated and eternal. Such essences are set over against existence everywhere and at all times, and it remains for existence, if it will, to embody their forms or to give attention to them, so that they may become evident to living spirits. And a living spirit finds a great joy in conceiving them, not because they are all beautiful or true, but because in conceiving them it is liberated from the pressure of ulterior things, energizes perfectly, and simply conceives”, “Proust on Essences,” p. 279.

¹⁶ George Santayana, *Tres poetas filósofos*, Madrid, Tecnos, 1995, p. 50.

¹⁷ Félix Duque, *La humana piel de la palabra*, Univ. Autónoma de Chapingo, Mexico, 1994, p. 37.

¹⁸ *Soliloquies in England and Later Soliloquies*, New York, Scribner's, Londres, Constable, 1922, p. 77.

¹⁹ “The Philosophy of Travel”, *Virginia Quarterly Review*, Winter 1964, y en *The Birth of Reason and Other Essays*, ed. de Daniel Cory, Nueva York, Columbia University Press, 1968; traducido como la “Filosofía del viaje”, *Revista de Occidente*, NS 2 (1964), pp. 276-287.

²⁰ “L'organisation del'espace” en *Mythe et pensée chez les Grecs*, París, 1965, Vol. I, 3.